

3^{er} premio

Concurso Nacional de Poesía

“Ismael Pérez Pazmiño”

Título

LA TERRENA Y SIDERAL ESTANCIA

Seudónimo:

Eliseo Belarmino

2016

1

*"Toda ciencia se convierte en poesía,
después de haberse convertido en filosofía."*
NOVALIS

*"El auténtico problema no es si las máquinas
piensan, sino si lo hacen los hombres."*
FREDERIC BURRHUS SKINNER

*"Hay una razón en la naturaleza
de la existencia de cada cosa."
LEIBNIZ*

1

un pájaro de fuego para retar al trueno

Pájaro de fuego.

Compleja máquina que rasga el aire enrarecido
en la perpendicular altura.

Lleva un plumaje tejido en filigranas de aluminio.

Su piel se fraguó en el crisol solar de la alborada.

Aquel regio fuselaje exhibe la metálica estructura,
bajo el sol del Ande que refleja su dominio.

Argentado cóndor que vuela cual una saeta ligera,
sobre los ovalados surcos de la planetaria esfera.

Corpulenta flecha, dardo que oscila y centellea.

Navío de electrónica contextura.

Perseverante hélice que reta la gravedad de la tierra
y que iza en la dispersa atmósfera el ideal y la utopía.

Los reactores impulsan con vigorosa energía
aquel enorme pájaro que reina en las alturas.

Aérea nave que remonta las celestes cordilleras,

los insondables abismos, los lejanos archipiélagos.

Portentoso aparato de alas colosales.

Artificial ave de gigante envergadura.

Cuando, soberbio, despega y se eleva por los cielos,
se ofusca y tiembla la cristalina anatomía del espacio.

Alcázar de metal bruñido.

Globo que se levanta y navega seguro.

Simétrica cápsula en la que el ingenio vuela.

Ícaro va de regreso en la sofisticada cabina.

Inextricable laberinto de mecanismos.

Es un espectáculo cuando decola hacia las nubes,
alardeando piruetas y acrobacias increíbles.

Y es también tragedia cuando se estrella en la colina,
un atardecer sombrío.

Aeroplano que en la fría niebla maniobra y se desplaza,
sustentado en su velamen reluciente,
en su diseño dinámico y perfecto.

Apresurado visitante del plácido collado,

del mineral altiplano, del ventisquero helado.

Bólido que con su ruido perturba el sosegado firmamento.

Navío que reta por igual al rayo y a la bruma inquieta,
al solitario habitante de la sierra,
al rocoso y perpendicular acantilado.

un motorizado carruaje para reanudar el viaje

Trotamundos de simétrica figura, en incansable tránsito.

Carruaje para trepar las empinadas carreteras.

Máquina que traza la huella en la amplia autopista,
en el anchuroso camino, por donde la vida emigra

o, igual, se queda.

Cuando recorres la escarpada ruta que conduce a la sierra,
en alguna estación de la montaña un pasajero desembarca
sus nostalgias viajeras.

A la cabina se aferra el recuerdo del último trayecto,
de esa irrepetible experiencia de vencer los miedos.

Vehículo que enmienda la peregrinación tardía,
aquel irrenunciable deseo de llegar primero,
sin angustias, sin agotamientos.

Sobre la roca que las llantas pulverizan,
en aquel derrotero de sol y de viento,
un plumizo manto de humo y de polvo
cubre el asfalto somnoliento.

El bucólico caserío se agita cuando pasas, frenético.

La fuerza se multiplica en la infatigable máquina.

Artefacto de reconfortante holgura.

Automóvil de sofisticada estructura.

El éxodo acelera la evacuación inexorable
sobre la espalda de una montaña convexa.

El gas que escapa de sus entrañas
contamina el aire enrarecido.

El ruido que causa al circular de prisa,
perturba el solaz de la campiña,
la vegetal serenidad del prado.

Corcel de fino trote en la tranquilidad de la calle.

Su invención levantó imperios gigantes.

¡Cuántos modelos se fabrican a diario!

Juguete de hojalata que entretiene al niño descalzo.

En sus butacas viajan ambiciosos planes,
posibles ideales, proyectos realizables.

Si conduce el vehículo un beodo inconsciente,
pronto lo convierte en carruaje funerario.

Cruza veloz la bifurcada carretera
del existencial peregrinaje.

El viajero lleva en su equipaje: certezas y dudas,
anhelos renovados, frustraciones amargas,
melancolías perennes, esperas acumuladas.

A lo largo del camino se inhala: fragancias extrañas,
exóticos vapores, aromas embrujados.

Se invocan prohibidos amores,

ardientes pasiones en el nupcial tálamo.

Desde la ventana se divisan los afligidos parajes,

el arenal yermo, la montaña de magma y basalto,

los desolados cerros, los bosques de pardo follaje,

los abismos insondables, el inquieto páramo,

el arcoíris reluciente, los perpetuos glaciares.

La campiña se engasta en la retina

del obstinado caminante.

3

un buey motorizado para bregar en el barranco

Es un acerado paquidermo de incesante paso

que hace girar en el suelo las orugas metálicas.

La tierra milenaria se desfigura

y sangra por la estocada.

El monte cede, impotente y adormecido,

a la implacable embestida.

Jadea la máquina de maciza estructura

sobre aquella tierra malherida.

Es certero el golpe que propina su cortante cuchilla.

La afilada mandíbula se hinca
en la piedra y en la arcilla.

El maltrecho cerro se transmuta
en partículas de granito adolorido.

La arena se esparce por el aire
cual un denso manto de ceniza.

La piedra intacta se triza cuando rugen los motores.
Pronto se atomiza y queda abierta la herida.

Una eléctrica y explosiva chispa
activa con fuerza los ejes, los pistones, las cañerías.

Los campos se fracturan en profundos surcos,
cuando el tractor los cercena y los tritura.

Lo ensamblaron donde el ingenio da dinamismo
a lo inanimado.

Es un recio buey que no se doblega,
que no se amilana ni se fatiga.

Cuando embiste, no hay piedra que se salve
de aquella descomunal arremetida.

Ciclópeo aparato que desflora la jungla milenaria.

Máquina que todo lo arrasa:

la serrana cordillera, el exuberante prado,
la campiña veraniega, la vetusta muralla,
la sementera madura, el redondo guijarro.

Con su maciza rueda estruja la hierba
y fragmenta el cascajo.

Los antiguos templos,
las venus enterradas,
los sagrados altares,
estallan a su paso.

La tea del Ande se apaga,
se borra la historia, el trino se calla.

Desaparece la huella del chasqui
debajo del barro, de la argamasa.

Su rastro deja marcas en la pista que serpentea el barranco.
Cuando se cumpla el inexorable ciclo para el que fue creado,
en el escorial descansarán sus hierros oxidados.

Su impronta deja cruces en los mustios valles
y en las comarcas lastimadas.

El tractor sube la empinada montaña de paja y chuquiragua.
El acerado músculo asesta un golpe en el granito planetario.

La fuerza motriz se multiplica
y abre rutas nuevas en el páramo,
para que el viajero prosiga la obstinada marcha.

un ciempiés metálico para deshilar la aurora

Una larga procesión de vagones

lleva de carga un lucero del alba.

A bordo va la ilusión que el viajero embarca:

un sencillo equipaje,

un furtivo emigrante.

El solitario pasajero esconde la fe

anudada en su garganta.

Por la serpenteante pestaña de la sierra,

de la cima enhiesta,

del abismo insondable,

por el horizonte descalzo,

un ciempiés de formidable estampa se desplaza

en cadenciosa marcha, custodiando la mudanza.

El tren jadea en el barranco y mil silencios rasga.

Cimbrea la entrelazada caravana.

Luengo carruaje en el que los adioses viajan,

más allá de la estación donde aguarda

el pasajero enamorado.

Las nostalgias encerradas en el pecho

se derraman y se esparcen.

Los recuerdos se estampan en el lienzo

de aquel humo espeso, que se escapa.

Sobre los rieles: paralelas irreconciliables,
el anhelo es más intenso que la vital encrucijada.

Los carruajes van repletos de frustraciones amargas.

La columna de berlinas, que la ilusión enlaza,
se desliza veloz por la senda ineluctable.

En el descenso, la locomotora corre briosa,
se precipita zigzagueante,
se ahuyenta apresurada
en el desbocado escape.

En el pradera de yerbas mojadas,
de quietas ramas, de añejas casas,
los adioses se disipan, liturgia aciaga,
en aflicciones y plegarias.

Huellas que acercan la distancia
o la separan del suelo huraño.

Se hinca en la piel la angustia represada,
el hastío inagotable.

El terrenal viaje que a veces es sólo itinerario de esperas profanas,
también es triste aventura cuando la ausencia es fuga y es fracaso.

Mientras el tren rueda, en vertiginosa carrera,
los recuerdos se deshacen, desfallece la esperanza.

Atrás quedan los seres amados,
las raíces desgajadas,
las salinas nostalgias,
las historias deshojadas,
las remembranzas del pasado,
los sentimientos añejos,
las sensaciones gratas,
o solamente unas cuantas lágrimas.

A lo largo de la interminable línea férrea,
el convoy traslada desconsuelo y pesares.

En los rieles quedan indelebles marcas.

Proyectos truncos, frustrados planes,
anhelos sueltos, ideales vanos,
fallidos secretos, frágiles encantos,
idilios que asfixian y arrebatan.

5

una catedral flotante para navegar sin brújula

En el malecón de aguas quietas,
en el solitario y abatido estuario,

la esperanza se embarca sigilosa
en la nave impaciente.

Ya leva anclas aquella enorme barca,
aquella basílica gigante,
aquella catedral flotante.

↘ Una gaviota de salino ropaje se bambolea sobre el marino oleaje.

La proa surca el océano que se multiplica en crepúsculos lejanos.

A popa una escolta de espuma se disipa detrás de la resaca.

La costa es apenas una pestaña distante,
una difusa silueta del rocoso acantilado.

El navío se ve ya lejano.

Es profundo el silencio de la bruma temprana.

El buque navega cargando de posibilidades intactas,
lleno de renovados afanes,
atiborrado de ilusiones, de adioses inexorables,
de involuntarios desarraigos.

Los marinos habitantes vigilan la travesía
sobre los surcos del líquido paraje.

Un veterano y trashumante albatros
se posa sobre el enhiesto mástil.

En el archipiélago remoto,
en la isla que se adentra entre las olas,
en el faro de parpadeo incesante,

|en el arrecife que asoma cauto,

las gaviotas en rasante vuelo

escoltan al navegante que boga a la deriva

en pos de algún puerto remoto y lejano.

Así como el velero encalla entre las rocas cuando la lluvia arrecia,

así la vida zozobra en circunstancias adversas

cuando el rumbo se ha perdido.

Así como el viento tras una tensa calma

se agita y pronto es borrasca,

así la soledad nos convierte en náufragos

de nuestros propio remanso.

La vida es un velero que navega proceloso y sin pausas.

A bordo viaja el intrépido argonauta

que afronta la borrasca de la vital andanza.

Nos lleva por existenciales comarcas,

por misteriosas dársenas,

a veces sin tocar la tierra donde esperan

los leales seres que siempre nos amaron.

Sobre el salino abismo,

en el vaivén de las aguas,

surcan los intrépidos marinos

sin que lo amilane el vértigo,

sin que el asombro paralice su sangre.

Sopla la brisa en el piélago extraño

y del cielo cae una cascada de astros.

En el cauce que la quilla escarba

se arremolina la enrojecida tarde.

Una luz titila a lo lejos, sin pausa.

En el puente vibra una vela parda.

Cuando la nave acodera en el muelle,

se anclan las quimeras errantes.

Al culminar el viaje, la existencia se apaga en el alcázar flotante,

en la playa de arena calcárea, en la bahía de espuma escarlata.

6

un computador para proscribir la desmemoria

Mente lúdica, algoritmo perfecto.

Binario lenguaje en el que se almacenan

bibliotecas virtuales,

códigos matemáticos,

inagotables imágenes.

Es la incalculable memoria que conserva la sabiduría milenaria,

los filosóficos axiomas, los prodigios de la ciencia,

los herméticos signos, los sorprendentes inventos,

el universal pensamiento, los sacros ceremoniales.

En las sintéticas neuronas se hospeda la información planetaria.

El ciberespacio atesora fechas y datos de consumados eventos.

¿Cuál es la línea que separa a la ficción del *realismo mágico*?

¡Ordenador que trenza y curva el tiempo y el espacio!

En la informática red se devela la vital encrucijada.

La distancia se contrae.

Calla el coloquial lenguaje.

El conocimiento se globaliza a un instante.

La información se sintetiza en el cristal de la pantalla.

¿Podremos ser libres si nos dominan

los códigos de la máquina?

¿En la digital urdimbre de un computador impávido,

erudito portal que nos domestica y nos atrapa,

podremos acceder a las vastas regiones

de la sensibilidad humana?

En la cibernética placenta se gesta el apocalíptico advenimiento,

la inescrutable cábala,

los cifrados *bits* en propagación inevitable.

Los símbolos y los códigos interactúan en el *software*,

en el laberinto de los neuronales *chips*,

en el programado *hardware*.

El cibernauta explora universos inescrutables.

En el hiperespacio la imaginación agiganta

y navega en la transparente anatomía

de la electromagnética marejada.

Permanecemos, silentes,

frente a la asombrosa maquina,

frente a aquella desmesurada invención

de la mente humana.

En ella se valida la certeza de lo razonable.

El impasible androide ha de superar pronto

a la inteligencia alucinante.

Transfiguración temible, mutación inconsciente,

que no siente dolores ni tiene nostalgias.

En el acelerador nuclear colisionan *bosones*,

hadrones y quarks.

El cosmos se inflama y estalla.

Renunciamos a la terrenal estancia.

Cuando la máquina haya sometido al hombre

y su grandeza vacua,

el orden vital se habrá invertido:

será esclavo de su original invento,

será un impenitente peregrino,

apenas un código,

apenas un número,

apenas una silueta que se ancla en la hirviente arena

de aquel agónico planeta, incandescente y desolado.

apenas un *punto azul pálido* es la lejana tierra

Más allá de las orillas del cósmico océano,

del sideral abismo,

el prodigioso navío va en pos del arcano.

En la nebulosa primigenia,

fragua de soles y de astros,

se condensa la materia, la luz y la energía.

La cápsula de humana hechura navega

en el incandescente oleaje.

Lleva a bordo pioneros estelares:

Gagarin, Armstrong, Tereshkova.

El *voyager* se desliza en el silente paraje,

por el gélido y vasto espacio,

El inextricable andamio del cosmos inconmensurable

se expande y se dilata.

Las elementales partículas en fisión perpetua,

colisionan con portentosa fuerza,

con el asombroso poder de las estrellas.

Tras la partida desde la terrena plataforma,

donde una azul esfera alberga la vida,

los relucientes cohetes atraviesan la frontera
del celeste océano.

El *Oportunity* reptaba por el ferroso y marciano suelo,
por su árido paraje.

El *Philae* se adhiere con metálicas zarpas
al rocoso y helado asteroide.

La *Juno* se aproxima a la órbita del gaseoso Júpiter,
gigante astro cubierto por densas nubes de hidrógeno.

La supernova explota y emite sus letales rayos
más allá de las elípticas galaxias.

La sonda *Cassini* circunvala la nívea luna
de un planeta de magnético blindaje.

Un lucero se gesta en el colosal útero de gas incandescente.

El *Sputnik* y el *Pionner* van en pos de mundos raros,
de ignorados sistemas planetarios.

Un voraz agujero negro lo engulle todo,
con su vórtice insaciable.

Los sutiles fotones no pueden eludir la gravedad que los atrapa.

El ingenio humano emprende vuelo
por los remotos y siderales parajes,
en naves de sofisticada estructura,
para conquistar las regiones estelares.

Los soles se perpetuaron en las antiguas máscaras.

Las super cuerdas se atan al entramado cuántico.

En la cabina perfecta de un enorme cohete
viajan los astronautas,
para perpetuar la indeleble impronta
en el cósmico oleaje.

En el infinito y profundo abismo,
el terrenal intento es apenas el comienzo
de la aventura de orillar en la cósmica ribera,
de procurar el alienígena contacto.

La imaginación humana se cuele
por las enormes fisuras siderales.

El hombre viaja, en alucinante itinerario,
por el vasto espacio, por cúmulos globulares
llenos de remotas y ardientes galaxias.

Atrás titila un *punto azul pálido*,
que viaja por el sideral océano.

OXOXOXOXO